

# Lo que sea de cada quien Don Erasmo, el loco

Vicente Leñero

David Noble y yo teníamos trece, catorce años, cuando lo veíamos subir o bajar del tranvía de Revolución en la parada Once de Abril, donde termina Tacubaya y empieza San Pedro de los Pinos.

Era un viejo de dar pánico. Altísimo pero jorobado como si le pesara su cabeza greñuda de cabellos blancos al viento, barba de picos como la de Maximiliano, enormes hombros para abultar su saco negro de solapas anchas; andrajoso, arrugado siempre, recta su sólida nariz. Labios en movimiento mascullando majaderías o maldiciones. Todo él, para David Noble y para mí, conformaba la imagen tenebrosa de un desquiciado: el clásico orate del rumbo.

—Ahí está otra vez el viejo loco —chacoteábamos con más miedo que lástima.

Vivía en una casota descarapelada de Avenida Revolución, frente a la plazuela de los Mártires de Tacubaya, cerca de la vivienda de David Noble quien de vez en cuando se asomaba por los agujeritos de la reja y me decía después:

—Está llena de gatos y perros callejeros. Sale de su casa para darles de comer y los mete luego como si fueran su familia. Dicen que su mujer es una bruja. Dicen que él está poseído.

Ciertamente el viejo estaba poseído, pero no por el demonio sino por los clásicos de la literatura: Homero, Shakespeare, Goethe, Cervantes...

Eso lo supe meses después por mi hermano Armando:

—No es un loco, no seas tonto. Es don Erasmo Castellanos Quinto, el maestro más famoso de la Preparatoria Nacional. Los alumnos se pelean por entrar a sus clases. Se sabe *El Quijote* de memoria, desde la primera hasta la última línea, ¿te imaginas lo que es eso? Además es poeta.

—¿Y por qué anda así como un mendigo?

—Es pobre, como todos los maestros de las escuelas oficiales.

—Tiene facha del mismísimo demonio. No se baña.

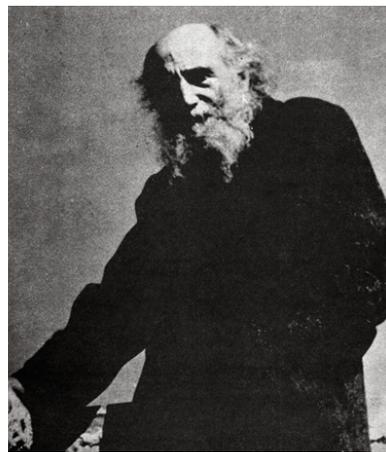
—Porque es excéntrico. La mayoría de los genios son excéntricos, ¿no sabías?

Con el tiempo supe más de don Erasmo. Un viejo amigo, Roberto Oropeza, le escribió una entrañable semblanza que publicó la Preparatoria de la UNAM. Ángel Bolívar lo pintó en un óleo de fuego que se exhibió en el aula Justo Sierra de San Ildefonso. Ricardo Garibay escribía a cada rato de él: “Su soberbia no tenía límites, tampoco su humildad. Nos enseñó a leer *La Ilíada*, *La Odisea*, *La divina comedia*, *El Quijote*. Yo le seguí varios años, me le hice inseparable. Lo salvará su pasión, muchachito”, me decía.

Garibay lo describió con bombín, zapatos tenis y una bolsa de ixtle repleta de libros. Decía que tenía cien o ciento cincuenta años en 1940, pero cuando don Erasmo murió en el 55, así de viejo como parecía, acababa de cumplir sólo setenta y seis años. Su mujer, *la bella* Gabriela de la Torre, le aventajaba diez años y murió poco antes. “Don Erasmo no soportó el trance —escribió Garibay—. Enloqueció, movió cuanto pudo para desenterrarla y consiguió del Presidente de la República el permiso, y jurando que la resucitaría fue al cementerio, y la vieja era ya el triunfo de los gusanos, y él entonces perdió de veras la razón”.

Don Erasmo murió loco, sin duda, pero no lo estaba en el 45, en el 47, cuando David Noble y yo lo mirábamos en el tranvía murmurando maldiciones: sus ojos llameantes metidos en un libro.

Un día, con el morbo de la incipiente adolescencia, David Noble me propuso es-



Erasmo Castellanos Quinto

piarlo y espiar a sus animales por la barda de atrás. Tal vez saltar y escudriñar su casa.

Acepté muerto de miedo pero mi amigo no llegó a la cita. Entonces me hice el valiente y me planté frente a la casona en ruinas —tapiadas las ventanas— de Avenida Revolución. Oscurecía ya cuando hice sonar la lámina de la reja. Un escándalo de ladridos y maullidos y bramidos de todo un zoológico satánico se alborotó detrás. La reja se abrió de repente y ahí estaba el demonio en persona plantándome sus manazas, levantándome en vilo, haciéndome caer en la tiniebla de un cuarto sin ojos donde la jauría de fieras se me echaba encima mientras las carcajadas del loco y de la bruja retumbaban como en el séptimo círculo del infierno.

Desperté sudando, como en las películas.

—¿Qué te pasa? —se alertó mi hermano Luis.

A más de sesenta años de distancia no logro recordar los incidentes de aquella pesadilla que provocó el imaginario encuentro con don Erasmo. Sólo recuerdo en sombras mi pánico de adolescente. [U]